

no, en cada artista, como el del amor; y así, también, como cada ser que ama engendra otro ser, con caracteres comunes a todos los de su especie, pero individualmente distinto de cualquier otro, cada artista crea una obra singular que jamás podrá repetirse. El don del arte es una excelencia nativa completamente individual; y con esto, fatalmente aristocrática. Mas, la superioridad de las civilizaciones de belleza está en que, así, resultan gobernadas por los mejores aristócratas. Aquellos por las cuales reporta un goce la ineluctable jerarquía.

Y acá entro ya de prisa a formular las consecuencias definitivas, para lo cual me transcribiré con brevedad, conceptuando vanagloria el ponerlo en otras palabras.

Siendo los sistemas religiosos, filosóficos y morales fórmulas de conformidad con la vida, han menester de principios en qué asentarse.

«Para las razas de belleza, dichos principios consisten en las obras de arte, que una vez realizadas vienen a constituir seres eternos, quienes gozan de la inmortalidad, que es la verdadera vida. Al propio tiempo, como la obra de arte es un fenómeno personalísimo, un engendro tan individual como el de un hijo de carne y hueso, el individualismo de aquellas razas nace de suyo, al resultar el estado superior para el hombre.

«Las razas de verdad aspiran también a la constancia y permanencia de sus principios; pues la conformidad con la vida es un estado dichoso que el hombre desea conservar eternamente. Pero como las verdades de la observación y de la experiencia son mudables por su índole, aquellas razas han menester de otras distintas que vienen a ser los dogmas; y para que duren indefinidamente, si es posible, necesitan asimismo sustraerlas al imperio de la razón: con lo que resultan afirmaciones cuyo análisis es imposible o peligroso. Al propio tiempo, como la permanencia de afirmaciones semejantes depende del acatamiento que se les preste, sometiendo a ellas, puesto que comprenderlas no es posible, su aceptación colectiva viene a constituir un caso de obediencia impersonal, y el colectivismo es su consecuencia.

«La acción exterior o irradiante de unas y otras consiste para las primeras en la influencia espiritual, y para las segundas en la conquista material. Aquéllas influyen por medio de la simpatía, éstas por medio del terror. La razón de la actividad humana es para las unas el encanto y para las otras el provecho. Aquellas preferirían la libertad defectuosa y difícil. Estas las comodidades que suministra el despotismo⁽¹⁾».

El encanto de la vida, al hacer de ella una obra de arte, impone la norma de belleza a todo lo que con ella se relaciona o la constituye. Así, desde en la palabra y en la actitud, hasta en el mueble ordinario y en el utensilio casero del griego antiguo.

La vitalidad más persistente, el encanto predominante y la mayor naturalidad de su constitución, hacen que nuestra civilización sea la mejor, sin duda; y por su finalidad dichosa, la única que tal vez merece este nombre.

No quiero decir, por ello, perfecta. Somos mejores, pero no irreprochables. A nuestras cualidades, corresponden defectos notorios: el excesivo temor al ridículo, la tendencia a la molición, la inconstancia en la acción, la falta de respeto a la verdad...

El estudio de un carácter cualquiera comprende las cualidades y los defectos que lo forman.

No he querido hacer la apología del nuestro, sino determinar por dicha índole, cómo es que la fundación de una Escuela de Bellas Artes en esta Universidad argentina, constituye un acto de gran trascendencia patriótica, un verdadero acontecimiento nacional. Si hemos de inferirlo por la peculiaridad dominante, aquí prospe-

rarán los fenómenos más fecundos de la educación argentina. Puesto que es aquí donde iremos conformando a nuestra imperativa norma de belleza, la libertad, la verdad y la bondad. ¿Qué valdrían la libertad grosera, la verdad odiosa por amarga, la bondad sin encanto? Nuestra ventura consiste en quererlas floridas de gentileza, de dulzura y de gracia. Que nuestro propio oro de gastar se parezca más, por la elegancia del cuño, a una medalla que a una moneda. Que nuestro trigal sonría en la sociedad de la amapola vagabunda. Que en nuestro pozo cante la roldana en vez de chirriar, y en nuestro alero se hospede la golondrina.

Señores: Para todo buen ciudadano, el porvenir de la Patria es más importante que su pasado y su presente. Así la vida se le herosea de valerosa conformidad, por lo mismo que no ha de verlo. En esta eterna construcción, de la cual somos jornaleros transeuntes, va vinculándonos a cada generación la adaraja de la muralla inconclusa. Quedamos, así, viviendo por nuestro esfuerzo en la Patria viviente. Lo mejor de nuestro ser permanece, de esta suerte, inmortal, en el sillar que labramos. Lo único insignificante es la muerte, que nos releva imponiéndonos en el reposo la nobleza de la serenidad, y en el olvido la belleza espiritual de las sombras largas.

La fortaleza de la gente greco-latina consiste en la indiferencia de la muerte. Como que la muerte es negación, y toda negación es mengua. La afirmación de vivir en belleza, practicando la vida como un arte, para que su actividad sea un encanto, define el objeto de la vida por el ejercicio feliz de la vida misma. Este es, en suma, el resultado estético más alto; y por no haberlo entendido así fracasa el cristianismo tras dos mil años de heroica abnegación.

Sea, entonces, Atena, la patrona de todo esfuerzo útil embellecido por el arte, quien proteja con su gracia nuestra esperanza y nuestro amor. Pongamos a su amparo en estado de hermosura nuestras almas, dichosas de vivir el instante fugitivo, como el soplo pasajero canta en la flauta de la diosa.

Y que bajo sus ojos azules cuya mirada es el mismo cielo que embandera la Patria, tome buen viento nuestra vela y dé buen rinde nuestra cantera de mármol.

LEOPOLDO LUGONES.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

(1) L. Lugones, *La Furesta Helena*, págs. 20, 21 y 23.